

cuarenta á cincuenta individuos; en esta época se muestran todos muy prudentes y tímidos; aliméntanse de bayas de toda especie, retoños del brezo y de diversas plantas.

EL LAGÓPEDO ALPESTRE—LAGOPUS MUTUS

CARACTÉRES.—Segun la situacion y naturaleza de su área de dispersion, el lagópodo alpestre ofrece diferencias mas ó menos constantes, por lo que algunos naturalistas forman varias especies, mientras que otros consideran todas las variedades como pertenecientes á una sola especie. Ya en un mismo territorio obsérvase desemejanza sobre todo en el plumaje de verano de esta ave. En los Alpes suizos, segun Schinz, es tan diferente en las diversas estaciones, que se puede decir que en verano su color cambia todos los meses. El macho presenta siempre un color blanco en el vientre, las tectrices inferiores de la cola, las anteriores de las alas, las rémiges y los tarsos; las rémiges tienen los tallos negruzcos, y la cola es negra. En verano, por el contrario, las otras partes ofrecen un aspecto muy variado. La muda de la primavera, que comienza á mediados de abril, produce á veces plumas negruzcas, revistiendo entonces el ave un plumaje blanquizo y pio; á principios de mayo, la cabeza, el cuello, las espaldas, las tectrices superiores de las alas y el pecho son de un color negro, rojizo y blanco abigarrado, es decir que las plumas son ya negras, con fajas trasversales de color de orin, muy poco marcadas, ó bien negras con fajas de un amarillo claro de orin y blanquizas; en la garganta y en los lados del cuello es donde resalta mas el blanco; las plumas mismas están dispuestas sin órden alguno y á veces mezcladas con algunas que son completamente blancas; pero todas pierden poco á poco su color, de manera que á fines de agosto ó setiembre presentan, en particular el dorso, un bonito ceniciento claro con puntos negruzcos; las fajas rojizas del cuello y de la cabeza se han vuelto blancas casi del todo, mas por lo regular se encuentran aun algunas con fajas amarillas ó negras en medio de las otras.

La hembra tiene todas estas partes negras, onduladas de amarillo de orin, y las fajas mucho mas anchas y marcadas. En invierno, todas las plumas, excepto las rectrices negras, que ahora están orilladas de un borde claro, adquieren un color blanco brillante, lo mismo que en el macho las plumas que forman la línea naso-ocular; pero puede suceder que conserve algunas abigarradas. Durante la muda de otoño, que empieza en octubre, los lagópedos alpestres ofrecen un aspecto del todo abigarrado, pero en noviembre son ya blancos como la nieve. Las tectrices superiores medias de la cola se prolongan de tal modo que llegan hasta la extremidad de aquella, pareciendo entonces que su centro es blanco. Sobre los ojos hay una membrana roja verrugosa, denticulada en su borde superior, y mucho mas fuerte en el macho. Los ojos son de un pardo oscuro y el pico negro. La longitud del ave es de 0^m,35 por 0^m,60 de ancho de punta á punta de las alas; estas miden 0^m,18 y la cola 0^m,10.

De este modo, los lagópedos alpestres difieren mas ó menos, tanto por su tamaño como por el color de su plumaje de verano; pero como el tinte de este último siempre es análogo al de las rocas en que el ave vive, y como otros tetraoninos difieren tambien por el tamaño, mientras que en todos los lagópedos alpestres el género de vida parece ser el mismo, no pueden reconocerse en la diferencia de todas las formas especies independientes.

Al salir del nido los lagópedos jóvenes están cubiertos de un plumon de tinte moreno, análogo al de la tierra: tienen el lomo pardusco recorrido por rayas negras irregulares; en

el occipucio se nota una mancha pardo clara rodeada de una aureola negra; la frente, la garganta, el cuello y el vientre son blanquicos; el pecho y los costados forman visos rojos, y las patas están cubiertas de un plumon agrisado.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—El lagópodo de los Alpes habita toda la cadena de este nombre, los Pirineos, las montañas de Escocia, todas las cimas de la Escandinavia, Islandia, las montañas de la Siberia y de todo el norte de Asia, el norte del continente americano y la Groenlandia. Algunos van desde los Alpes á la Selva Negra, de los Pirineos á las montañas de Asturias y de Galicia; y hasta hay algunos que se trasladan del continente asiático al Japon, si es que representa realmente un lagópodo de los Alpes, cogido en aquel país, cierto dibujo japonés. En el norte se le ha encontrado por todas partes en el continente ó en las islas grandes visitadas por los viajeros.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Contrariamente á lo que se observa en el lagópodo blanco, el de los Alpes solo habita en los lugares descubiertos donde no hay matorrales, así es que se le encuentra sobre el limite de los árboles, cerca de los campos de nieve y de hielo. En Noruega se le ve en las cimas desnudas cubiertas de peñascos: solo en Islandia y Groenlandia frecuente durante el período del celo las zonas poco elevadas, y hasta las orillas del mar; pero tambien estos lagópedos pasan en las montañas una gran parte del año. Radde nos dice no haberlos hallado en la Siberia oriental, sino en las altas montañas, sobre la region de la rosa de los Alpes, á una altitud de 2,600 á 3,000 metros sobre el nivel del mar.

El lagópodo de los Alpes difiere mucho por sus costumbres de la especie blanca: sus movimientos son mas tranquilos, y parece mucho menos bien dotado. Corre y vuela acaso mejor que su congénere; pero no franquea nunca un gran espacio, y si lo hace alguna vez es porque le persiguen. A Schinz y Tschudi les parece que su vuelo se asemeja al de la paloma; en cuanto á mí, no puedo compararle sino con el del lagópodo blanco, siendo de advertir que esta ave aventaja á sus congéneres por la facilidad que tiene para nadar con perfeccion. «He observado varias veces, dice Holboell, que el lagópodo nada, no solo cuando se ve obligado á ello, sino tambien sin motivo aparente. En setiembre de 1825 tenia yo anclada mi galeaza en la bahía sudeste de Groenlandia; hacia varios dias que reinaba una densa niebla, y como llegasen á bordo varios lagópedos, uno de ellos chocó contra la vela y cayó al mar. Atendido á que el tiempo era bueno, hice aparejar una canoa para cogerle; pero levantóse del agua con facilidad y emprendió el vuelo. Al invierno siguiente, siendo el frio de 10°, ví dos lagópedos que llegaban volando de las rocas de Udkigs cerca de Godhavn y se arrojaron al agua; tambien á varias de estas aves que se bañaban y nadaban en un riachuelo de las montañas.»

La voz del lagópodo de los Alpes es muy singular y diferente de la del lagópodo blanco, mas no parece suceder lo mismo entre los individuos del norte y los del sur. «Cuando reinan espesas nieblas, dice Schinz, ó en los momentos en que amenaza nevar ó llover, los lagópedos de los Alpes gritan continuamente *kroegoeoe goeoegee ó oenoe goeoe, oenoe goeoe*; para llamar á sus pollos, ó en el caso de ver una ave de rapaña, los viejos pronuncian las silabas *gae-gae, gaga-gae* y los pequeños *zip, zip, zip*.» Nunca he oido nada semejante: con otros observadores, solo percibí un sonido ronco y muy gutural, que podría expresarse por *a ah*, al que seguía una especie de gruñido, que no me es posible traducir. Faber, Holboell y Krueper expresan este grito por *arr* ó *orrr*. Me parece que la *r* es menos pronunciada de lo que ellos anotan: mi cazador noruego traducía el grito de llamada de la

hembra por *miu*, algo semejante al maullido de un gatito; pero emitido en un tono que no puedo indicar.

Al dar cuenta de la primera cacería que emprendió contra los lagópedos de los Alpes, Boje se expresa en estos términos: «Cual si estuviesen petrificados, permanecían sobre las rocas cubiertas de algunas plantas alpinas, y esperaban la llegada del cazador; despues volaban sin lanzar gritos y batiendo las alas ruidosamente.» «La pereza indescriptible de estas aves, continúa en otro lugar, contrasta singularmente con la viveza de los lagópedos blancos. Parece que los machos permanecen todo el dia inmóviles cerca de las hembras que cubren, posados siempre en los puntos mas altos y escarpados, y como absortos en la contemplacion del horizonte que se extiende á su vista.» Faber dice del lagópodo de Islandia, que es «extraordinariamente estúpido;» Holboell llama al de Groenlandia, un ave «muy tonta.»

En mi diario de viaje encuentro casi reproducidas las palabras de Boje, que dice: «Los dos primeros que maté eran muy poco prudentes; no manifestaron temor alguno, y cual si estuviesen estupefactos, esperaban al cazador sin volar.» Otro tanto sucede en Suiza. «Cuando reina niebla, dice Schinz, los lagópedos de los Alpes corren por el suelo y se creen completamente al abrigo de todo riesgo; pero aunque el cielo esté puro y sereno no manifiestan la menor desconfianza.» «En las cimas completamente descubiertas, dice Tschudi, permiten al hombre acercarse á una docena de pasos.» En invierno parecen mas tímidos, probablemente porque entonces forman numerosas bandadas.

Estas aves observan principalmente un régimen vegetal: en los Alpes se encuentra su buche lleno de hojas de sauce y de brezos, de tallos de abeto, de rosas de los Alpes, de arándanos, de bayas y de flores. Se las ve en los caminos, ocupadas en picotear los granos de avena y el estiércol de las caballerías: en verano cazan los insectos. En el norte se alimentan de tallos y hojas de abedul y de los sauces enanos, de tallos y botones de diversas plantas alpinas, de las bayas que maduran aun en aquella altura, y en caso necesario, de los líquenes que tapizan las rocas. Si Faber no se ha engañado, acumulan en ciertos puntos provisiones para el invierno.

En mayo se ve á todos los lagópedos de los Alpes apareados, y durante todo el tiempo de la incubacion permanecen reunidos los dos sexos. Cuando han salido á luz los pollos, el macho abandona su familia y se dirige hácia las montañas para pasar allí los fuertes calores del verano: léjos de mostrarse entonces triste y silencioso como antes, nótese en él cierta vivacidad; deja oír con frecuencia su voz, á la que responde su hembra; vuela rápidamente moviendo apenas las alas; retoza en el aire; remóntase oblicuamente; permanece algun tiempo inmóvil en el mismo sitio, agitando con ligereza sus alas; déjase caer luego á tierra, y toma posturas que recuerdan desde léjos las de otros tetraonidos cuando están en celo. No ayudan á su compañera á cubrir, ni á educar á sus hijuelos.

A mediados ó fines de junio la hembra busca sitio conveniente debajo de un matorral ó una piedra; socava un poco el terreno, y tapiza toscamente el hoyo con hojas; allí pone de nueve á catorce huevos, y algunas veces diez y seis, de un color amarillo de ocre y sembrados de manchas pardo oscuras. La madre cubre con ardor, y al cabo de unas tres semanas salen del cascaron los pollos; desde aquel momento conságrase la hembra á cuidarlos con una solicitud notable; cuando están un poco secos los lleva consigo á buscar su alimento. Si les amenaza algun riesgo, levántase la madre y procura atraer al enemigo, mientras que los pequeños se dispersan y ocultan en medio de las piedras. Tschudi refiere

que Steinmuller sorprendió cierto dia á una pollada y cogió un pequeño, el cual comenzó á piar lastimeramente; desesperada la madre, precipitóse sobre el cazador y fué muerta. Welden descubrió en Monte-Rosa una hembra con nueve polluelos; á pesar de la inminencia del peligro, aquel ave no voló, sino que comenzó á correr cubriendo á su progenie con las alas; y entre tanto los hijuelos se iban escondiendo, uno tras otro, entre las piedras; hasta que el último estuvo seguro no pensó la madre en apelar á la fuga. A pesar de haberse buscado por todas partes, no se pudo encontrar uno solo de los pollos. Welden se ocultó entonces; al cabo de un instante volvió la hembra, cacareó un poco y un momento despues acudieron los nueve pollos á cobijarse bajo sus alas. Faber nos dice lo siguiente para demostrar hasta qué punto llega el amor de la madre: «Si se tiene cuidado de no hacer daño á la hembra, se pueden matar fácilmente todos los pollos uno despues de otro; asustada por la detonacion, el ave huye; pero el amor que profesa á su progenie la impele á volver bien pronto al sitio donde la dejó, y los pollos, que huyeron al principio, no tardan en salir á su encuentro.»

En Islandia y Groenlandia, los lagópedos de los Alpes se reproducen á menudo en los valles: segun Faber y Holboell, encuéntrase familias en las regiones bajas, aun á fines de agosto; pero á principios de octubre, seguida la madre de los polluelos, que están bastante crecidos, dirigese á las montañas, reúnese con otras familias, y así se forman bandadas muy numerosas. Estas aves permanecen allí todo el invierno y observan una vida muy metódica: al rayar la aurora van á buscar su alimento; hácia el medio dia vuelan por pequeñas bandadas, descienden á los flancos de los valles, y vuelven luego á la montaña. Si aquellos no están cubiertos de nieve, permanecen mas tiempo, y tambien bajan cuando el hielo cubre las alturas impidiéndoles encontrar la comida. Entonces se ven obligadas á vagar errantes á larga distancia, arrastrando una vida triste y miserable. Faber asegura que llegan hambrientas hasta las casas, y que atraviesan brazos de mar, de varios kilómetros de anchura, para ganar las pequeñas islas donde no hay nieve, con la esperanza de encontrar allí un alimento abundante. En Noruega y Suiza ocurre un hecho análogo. «Cuando el otoño ha cubierto de nieve la cima de las montañas, dice Tschudi, los lagópedos de los Alpes ganan las rocas y los pastos menos altos, y hasta bajan con preferencia hácia los caminos de los desfiladeros, permaneciendo allí hasta la primavera.» Es preciso, que la necesidad les apure para emprender semejantes excursiones, pues saben arreglarse perfectamente en sus altas montañas. La espesa alfombra de nieve que cubre su dominio les molesta poco; practican fácilmente profundas galerías, por las que llegan al sitio donde hay alimento. Tambien les sirven aquellas de refugio contra los vendavales y las tormentas; entiérranse en la nieve sin dejar fuera mas que la cabeza, y el cazador no reconoce las aves sino por el color negro de su línea naso-ocular. Es probable que practiquen en la nieve verdaderas moradas de invierno, agujeros donde acumulan provisiones, pues Krueper encontró uno en un gran campo de nieve, en Islandia: era una cavidad que estaba completamente llena de hojas y yerbas.

Además de estas excursiones irregulares, los lagópedos de los Alpes, particularmente en la América del norte, emprenden durante el invierno verdaderas emigraciones. Muchos lagópedos de Groenlandia pasan el invierno en su país; pero á fines del otoño, cuando sopla el viento norte, y no de lluvia, muchos individuos llegan al sur de la península y se establecen allí. Segun Audubon, lo mismo sucede en la costa del Labrador: todos los inviernos se presentan millares de lagópedos, que cubren las montañas; en Escandinavia se han

observado hechos análogos. Boje y Lilienborg refieren que vieron llegar, el primero á Lofodden y el segundo á Tromsoe, un gran número de lagópedos de los Alpes, en días que soblaban un fuerte viento del este.

No se sabe cómo se verifica la muda de estas aves: los naturalistas suizos creen que hay dos, una otoñal, que alcanza á todo el plumaje, y la otra primaveral, que solo comprende las plumas pequeñas. Holboell opina que son tres, y Macgillivray supone que cuatro: Faber dice, por el contrario, «que las plumas blancas del invierno no aparecen despues de una muda otoñal, sino que se decoloran las de verano; y asegura haber visto con frecuencia cómo blanquean estas plumas desde la raíz hasta la punta. Radde refiere, como cosa singular, que en algunos lagópedos de los Alpes, que mató en el Saján oriental desde el 12 de junio, las plumas del vientre y del pecho comenzaban á renovarse y blanquear. «Véanse en el cuello y en el pecho, dice, las nueve plumitas blancas, de base todavía sanguinolenta por lo general, sustituir á las plumas abigarradas del plumaje de verano; mientras que en el lomo crecían todavía algunas de base rojiza.» Yo creo que estas observaciones, al parecer contradictorias, podrían conciliarse; he reconocido últimamente que la coloración de las plumas es susceptible de producirse al mismo tiempo que la muda, y me parece que sucede así en los lagópedos, aunque sin la pretensión de que se tenga mi parecer por infalible. Admito, pues, que la muda principal del lagópedo de los Alpes se verifica en otoño; pero que probablemente, no se renuevan todas las plumas, mientras que en el transcurso del verano se decoloran, al menos en parte. En la primavera se renuevan las plumitas en la hembra antes que el macho, y su tinte no es persistente, sino que puede variar mucho. De todos modos, parece evidente que el plumaje de invierno y el de verano aparecen siempre al principio de cada una de dichas estaciones, y por consiguiente mas pronto ó mas tarde, según los países. Poco antes de la muda otoñal, los lagópedos de los Alpes renuevan también las uñas.

Los sitios que habitan estas aves en países pobres é inhospitalarios, son á veces funestos para ellas, pues por poco delicadas que sean, y por mucha habilidad que tengan para preservarse de los vientos y de las tempestades, se hallan expuestas á muchos peligros por las condiciones del clima. Cuando nieva varios días seguidos y el aire es tranquilo, nada deben temer; pero cuando los aludes se precipitan por las montañas, mas de un individuo perece ahogado bajo la masa de nieve. Si cubre la tierra una gruesa capa de hielo, padecen cruelmente por falta de alimento; y como si los rigores de la naturaleza no ofreciesen ya suficiente peligro contra estos inofensivos séres, el hombre y todos los animales carnívoros les persiguen sin tregua.

CAZA.—Todos los años se cogen centenares de miles de estas aves, y de la manera mas sencilla, pues el cazador no necesita emplear mas que las redes. Muchos individuos, no obstante, perecen por las armas de fuego, y en gran número son víctimas del zorro ó del gloton, de los halcones ó del buho de las nieves.

CAUTIVIDAD.—Los lagópedos adultos se acostumbran fácilmente á vivir cautivos y á su nuevo régimen, pudiendo conservarse varios años en jaula. Los pollos, por el contrario, exigen mucho cuidado para prosperar. Hé aquí todo cuanto sé sobre este punto, pues jamás he visto un lagópedo de los Alpes en cautividad.

LOS PERDICINOS—PERDICINÆ

CARACTERES.—Los perdícinos, que forman la segunda sub-familia bien determinada, difieren de los tetraoninos por

su cuerpo poco esbelto, su cabeza relativamente pequeña y sus tarsos desprovistos de plumas. Las alas, cuya tercera y cuarta rémiges se prolongan mas, son todavía mas cortas y redondeadas, pero se arquean mas que las de los tetraoninos. La cola es corta y se compone de doce á diez y seis plumas; el pico relativamente prolongado, de arista algo convexa; los tarsos aparecen provistos de uno ó dos espolones. Rodea el ojo un círculo desnudo, aunque no en todos los individuos; en casos raros, se nota en la garganta un espacio sin pluma; en ninguna de estas aves existen protuberancias en forma de ceja. El plumaje es comunmente liso y variable según el sexo.

Atendidas las observaciones de Nitzsch, los perdícinos difieren principalmente de los tetraoninos por los siguientes caracteres: el antebrazo es generalmente mas corto que el brazo; la pélvis, estrecha y prolongada, no tiene la aptitud ni el aplanamiento considerables de la de los tetraoninos; el hueso iliaco presenta en su borde una apófisis muy desarrollada, sobre todo en los francolines, apófisis que no existe en los tetraoninos; los fémures están provistos de un canal medular y no son neumáticos; las vértebras caudales son muy endebles, y muchas de ellas mas pequeñas que en los tetraoninos, lo cual corresponde al poco desarrollo de las plumas de la cola. No existe en la extremidad inferior de la tráquea esa masa gelatinosa y singular, cuya presencia hemos señalado en los tetraoninos; los ciegos son largos, pero mucho menos que en la familia precedente; los riñones se prolongan mas que en aquellos.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Los perdícinos habitan todos los países del antiguo continente, exceptuando el extremo norte.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Se encuentran los perdícinos en todas partes, desde la orilla del mar hasta las altas montañas: los mas permanecen en sitios descubiertos, fuera de los bosques, aunque hay algunos que se fijan en ellos para vivir retirados. Las costumbres de estas aves son bastante características: aventajan por su viveza y agilidad á otras muchas gallináceas; su vuelo es algo pesado, pero bastante rápido; rara vez franquean un grande espacio y se remontan á gran altura; corren perfectamente, y hasta trepan en cierto modo, subiendo por las paredes roquizas cortadas á pico con sorprendente agilidad. Todas evitan posarse en los árboles: las pocas especies que lo hacen se pueden considerar como excepciones.

En cuanto á la inteligencia, aventajan á los tetraoninos; sus sentidos alcanzan bastante desarrollo. Son prudentes; saben aprovecharse de las circunstancias; despliegan cierta astucia para evitar los peligros; distingúense también por su valor y carácter pendenciero, y poseen diversas cualidades que los hacen interesantes á nuestros ojos.

Todos los perdícinos que conocemos son monógamos; en la mayor parte de las especies, los machos no buscan sino la hembra que eligieron; pero en un reducido número no se conservan del todo fieles. Los machos no toman parte en la incubación, aunque contribuyen á educar á su prole: las hembras ponen muchos huevos, parduscos ó de un color amarillento claro, sembrados de puntos negros, y se manifiestan muy cariñosas con sus hijuelos. Construyen su nido toscamente: durante la estación del celo, cada pareja vive aislada en el dominio que eligió, y que defiende vigorosamente contra todo intruso. Cuando los pequeños crecen lo bastante, reúnen los perdícinos con frecuencia, formando bandadas numerosas.

Estas aves no toman mas que alimentos tiernos, pertenecientes al reino animal ó al vegetal, ninguna come tallos de abeto, como el tetrao urogallo; todas cazan activamente las

larvas y los insectos; la mayor parte parecen preferir á los granos otras partes de los vegetales, particularmente las hojas.

CAZA.—Nadie podrá considerar en serio á estas aves como dañinas. En los países del sur se consideran como una calamidad ciertas especies de perdícinos; pero en general son queridas estas aves por do quiera, y no se teme ningun daño de ellas, si bien es preciso confesar que este efecto se debe principalmente al placer que proporciona su caza. No hay perdícinos que no sea cazado mas ó menos activamente: empleáanse contra ellos cuantos medios de exterminio se conocen: las armas de fuego, las redes, los lazos, los halcones y los perros; en todas partes se matan miles de individuos todos los años; pero siempre se reparan estas pérdidas muy pronto.

CAUTIVIDAD.—Los perdícinos se acostumbran á ella fácilmente, y muchos pueden vivir varios años en jaula, sin necesitar grandes cuidados. Algunos se acostumbran al hombre, le siguen paso á paso como un perro, parecen formar parte de la casa, y hasta diríase que participan de las penas y alegrías del amo.

LOS TETRAOGALLOS—TETRAOGALLUS

CARACTERES.—Los tetraogallos son las especies mas desarrolladas de la sub-familia; son no solamente los perdícinos mas grandes, sino que reúnen también todas sus cualidades. Tienen el cuerpo recogido, el cuello corto, la cabeza pequeña, las alas medianamente largas, un poco puntiagudas, con la segunda y tercera rémiges mas largas que las otras; la cola compuesta de diez y ocho pennas, es bastante larga y redondeada; el pico prolongado, ancho y grueso; las patas cortas y fuertes; los tarsos están armados de un espolon romo. El plumaje es abundante; las cobijas superiores é inferiores de la cola están principalmente muy desarrolladas. Por detrás del ojo tienen un pequeño espacio desnudo.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Todos los tetraogallos habitan las altas montañas del Asia; una especie es propia del Cáucaso y puede contarse entre las aves europeas.

EL TETRAO DEL CÁUCASO—TETRAOGALLUS CAUCASICUS

CARACTERES.—El tetrao del Cáucaso, el *intaure* de los grusios, llamado también perdiz real, es la especie mas pequeña del género. Su longitud es de 0^m,58; las alas miden 0^m,25 de largo y la cola 0^m,17. La parte superior de la cabeza y la posterior del cuello son de un ceniciento sucio; las regiones superiores de un gris negro, excepto una faja ancha de color gris pardusco en forma de collar, que adorna la nuca; todas las plumas presentan fajas transversales muy finas de color negro y leonado claro; las tectrices de las alas están orilladas de un amarillo claro que forma fajas longitudinales, é interiormente tienen por lo regular un borde de amarillo rojizo. La región de las orejas y los lados del cuello son grises y en los últimos se ven manchas ovales de color amarillo; una ancha faja que parte de la región de las orejas, corriendo lateralmente por el cuello, es blanca, así como la garganta; las plumas del pecho están adornadas de fajas transversales negras, muy bonitas y de igual anchura, que alternan con un color blanco, rematando en punta en la región del tallo; estas fajas se reúnen cerca del vientre en un ángulo cada vez mas agudo hácia el tallo y forman en las plumas muy prolongadas de los lados del pecho y de los costados una especie de punta de flecha; estas últimas plumas están

orilladas de un amarillo rojizo claro, con ángulos de color castaño oscuro que á su vez forman fajas longitudinales; las rémiges son blancas, con puntas de un color gris negruzco; las secundarias tienen el color del dorso; las rectrices son de un gris oscuro con fajas de un pardo castaño oscuro en las barbas exteriores, fajas que se extienden en las del centro también hasta la extremidad; estas últimas son grises, y todas tienen fajas negruzcas. El iris es de un pardo rojo; el pico amarillo, y los piés de un pardo de cuerno; ambos sexos se parecen por el color.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—El tetraogallo del Cáucaso es la única especie del género que habita en territorio europeo, pues es propio de las montañas altas de Asia.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Sobre el género de vida de esta magnífica gallinácea, Radde hizo un relato excelente en una sesión de la Sociedad de ornitólogos alemanes. Describe primeramente de un modo muy pintoresco los países bajos de Mingrelia; habla de la perspectiva en extremo grandiosa que desde aquí presenta el poderoso Cáucaso, el cual se destaca claramente en días despejados; y hecha esta descripción, continúa del modo siguiente: «La antigua Cólquida no puede ofrecernos muchas particularidades en cuanto á su fauna animal, sea cual fuere el punto por donde examinemos esta región. Obsérvese un desarrollo notable en la vegetación, pero hay pocos animales característicos. No sucede lo mismo en aquellas alturas que desde una distancia tan grande envían sus reflejos hácia el mar: allí, en el límite de las nieves eternas, á una elevación de 2,000 á 3,500 metros, he conocido la perdiz gigantesca, que relativamente abunda mucho en esta región, y que, según dicen todos los montañeses, se asocia íntimamente con el capricornio de la alta montaña.

»Esos indígenas aseguran también que el tetraogallo advierte al capricornio del Cáucaso la presencia del cazador que se acerca; la amistad entre ambos es tan íntima porque la gallinácea come los excrementos de los cápridos; de este modo uno depende del otro; el ave vela por el mamífero y este la alimenta. El hecho será sencillamente que ambos animales dependen del mismo alimento; al examinar lo que comen los capricornios y los tetraogallos del Cáucaso, veremos que los primeros buscan con preferencia varias especies de potentilas, las cuales forman allí una gruesa capa compacta. Estas plantas de flores amarillas y blancas, con frutos parecidos á la fresa, constituyen el principal alimento de dichas gallináceas y del capricornio, y así se explica que ambas especies de animales vivan en los mismos sitios, pudiéndose añadir que los insectos propios de los excrementos del capricornio ejercen quizás también cierta influencia en el amigo alado de ese cuadrúpedo. Sin querer negar del todo el aserto de los montañeses, no es preciso apelar á los sentimientos de una íntima amistad entre ambos animales para explicarnos una cosa tan sencilla. El tetraogallo no habita las alturas situadas al sur de los países bajos, los cuales empiezan con la región montañosa del mar Negro y van á enlazarse hácia la Armenia con otros altos, así como tampoco se encontrará su compañero, el capricornio, en el pequeño Cáucaso.

»La perdiz real vive á menudo apareada en un dominio cuya extensión no se conoce. Cuando se levanta una pareja élévanse macho y hembra advertidos por un grito de llamada que suena como *tirock tirock tirock*, y que cada individuo repite continuamente mientras cruza los aires. El vuelo es muy rápido y recto y me ha recordado muchísimo el de la avutarda enana, solo que el rumor producido no es tan estridente. No se sabe si el tetraogallo del Cáucaso se conduce durante el período del celo como